



El determinismo lingüístico

¿Relación entre pensamiento y lenguaje o división entre naciones y culturas?

Autora: **Julia Sánchez Jiménez**

Directora: Profesora María Luisa Romana García

15 de junio de 2018

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS (MADRID)

TRABAJO DE FIN DE GRADO – TRADUCCIÓN E INTERPRETACIÓN

Resumen:

El presente trabajo ha hecho un repaso por la teoría expuesta por Sapir y Whorf, la cual expone la relación existente entre el pensamiento y el lenguaje, para poder llegar a la conclusión de si en verdad dicha teoría se cumple o si existen otros factores externos, tales como ideologías políticas o culturales, cuyo interés sea la preservación de dicha teoría como estado vigente de la cuestión.

La primera parte del trabajo se encarga de hacer un repaso por todos aquellos autores previos a Edward Sapir y Benjamin Lee Whorf que han teorizado sobre lo que todavía no se había denominado como determinismo lingüístico. Más tarde, tras analizar la teoría de ambos autores, pasamos a hacer un recuento de las ideas más relevantes que apoyan el relativismo lingüístico y la noción de que las distintas nacionalidades se diferencian entre sí por su lengua y, por consiguiente, por su forma de percibir la realidad. Esta argumentación da pie a aquellas teorías que no están de acuerdo con la afirmación de que el lenguaje y el pensamiento se encuentran tan íntimamente ligados que se condicionan mutuamente.

Finalmente, llegaremos a la conclusión de que, si bien es cierto que algunos aspectos del determinismo lingüístico se encuentran en las distintas sociedades, se ha hecho un uso indebido de la teoría en favor de los nacionalismos lingüísticos e ideológicos.

Palabras clave: Determinismo lingüístico, comunicación, pensamiento, lenguaje, nacionalismo

Abstract:

This work has done an overview of the theory exposed by Sapir and Whorf which explains the relation between thought and language in order to come to the conclusion that this theory might fulfil or maybe there are other external factors, such as political or cultural ideologies, whose interest could be the preservation of this theory as the current state of the issue.

The first part makes an overview of the main authors, previous to Edward Sapir and Benjamin Lee Whorf, who have about what had not yet been called linguistic determinism. After analysing the theory, we take stock of the main ideas which support the linguistic determinism and the notion that the different nationalities differ on their language and, consequently, by their way of perceiving reality. This argument provides scope to those theories that do not agree with the statement that language and thought are so intimately linked that they condition each other.

Finally, we will conclude that, although it is true that some aspects of linguistic determinism are found in different societies, the theory has been misused in favour of linguistic and ideological nationalisms.

Key Words: Linguistic determinism, communication, thought, language, nationalism.

Índice

1. Introducción.....	4
2. Marco teórico: de dónde viene el determinismo lingüístico.....	6
3. Estado de la cuestión	8
3.1 En favor del determinismo lingüístico.....	8
3.2 En contra del determinismo lingüístico	16
4. Conclusión.....	23
5. Referencias bibliográficas	26

1. Introducción

El lenguaje puede desempeñar diversas funciones y puede que la comunicación sea la más importante de ellas. Por eso, no podemos evitar preguntarnos si el lenguaje que utilizamos para poder comunicarnos da forma a nuestros pensamientos o, si, por el contrario, es el pensamiento el que da forma a nuestro lenguaje y, por consiguiente, a nuestra forma de comunicarnos.

El lenguaje y el pensamiento son dos capacidades indisociables del ser humano, ya que seremos capaces de expresar nuestras ideas y pensamientos en tanto en cuanto seamos capaces de comunicarlos mediante el lenguaje. Por ello, las preguntas principales de este trabajo son: ¿hasta qué punto el lenguaje moldea nuestro pensamiento? ¿O, por el contrario, es el pensamiento el que moldea nuestro lenguaje?

Resulta inevitable pensar que la nacionalidad, la cultura y los hábitos llevados durante el aprendizaje y la adquisición del lenguaje moldean, de alguna forma, nuestra forma de ver el mundo. Carlos V de España y I de Alemania afirmaba que había que «hablar en español a Dios, en italiano a las mujeres, en francés a los hombres y en alemán a los caballos» (Deutscher, 2010, pág. 1). Sin ninguna duda, esta frase refleja a la perfección la función que tendría en su mundo cada lenguaje para el Emperador, conocedor de varias lenguas europeas. Y es que muchos académicos, tal y como ya hizo Carlos V de España, aseguraban que, en efecto, el lenguaje y el pensamiento estaban íntimamente conectados. Francis Bacon afirmó que se podían inferir marcas distintivas del intelecto y los modelos de las poblaciones y las naciones gracias a la lengua que hablaban; al igual que el alemán Johann Gottfried Herder quien alegó que el intelecto y el carácter de cada nación se encontraban impresos en su lenguaje (Deutscher, 2010, pág. 3).

Sin embargo, en este trabajo también analizaremos hasta qué punto la idea de «nación» y «cultura» se han impuesto en el campo de la lingüística hasta llegar a establecer claras barreras y diferencias entre los pueblos y las lenguas que hablan dichos pueblos. Puede que el determinismo lingüístico no sea un simple estudio que relaciona el pensamiento con el lenguaje y la forma de comunicarnos, sino que pueda llegar a ser una forma más de establecer políticas nacionalistas divisorias.

Ya lo decía el lingüista danés Otto Jespersen, quien creía firmemente que el inglés era una lengua superior al francés en muchos aspectos, tales como la lógica: «el inglés es metodológico, energético, pragmático y sobrio que no se preocupa en demasía por los adornos y la elegancia pero que, sin embargo, se preocupa por la consistencia lógica. Y así como es su lengua, también lo es su nación» (Jaspersen, 1905).

2. Marco teórico: de dónde viene el determinismo lingüístico

Para poder responder a esta pregunta, deberemos remontarnos al menos al siglo XVIII, en el que Johann Gottfried Herder comenzó a reflexionar sobre nuestra misma hipótesis. Herder consideraba que, aún en su fase más primitiva, el hombre hacía uso del lenguaje mediante gritos, voces o sonidos para expresar sus sentimientos y sensaciones. Además, alega que el simple hecho de que las lenguas modernas que hablamos hoy en las distintas partes del mundo provengan de estos primitivos sonidos, las hacen impronunciables para los extranjeros (Herder, 1982). Para este autor, el hombre será capaz de reflexionar en tanto en cuanto sea capaz de aislar un solo pensamiento de manera que invada su mente; y, en consecuencia, será capaz de elaborar esa reflexión mediante el lenguaje, por lo que este último es tan inherente al ser humano como lo es su capacidad de razonamiento: *ratio et oratio* (Herder, 1982). Más adelante, en el siglo XIX, Wilhelm von Humboldt continuó dando forma a la teoría del origen del lenguaje, con una doble perspectiva. Por un lado, siguió la línea de Herder, da esta definición de lenguaje:

La facultad de producir el pensamiento interior, las sensaciones y los objetos externos mediante un medio que es al mismo tiempo obra del hombre y expresión del mundo; o, más bien, es la facultad de tomar consciencia de sí mismo escindiéndose en dos. (Humboldt, 1880)

Por otro lado el lenguaje constituiría la forma perfecta de aunar a todos los seres humanos, ya que lo social y la sociabilidad serían los elementos que llevarían al hombre a la perfección; por lo que el lenguaje se convertiría en ese elemento imprescindible para unir lo individual con lo colectivo. Según Humboldt, para poder entender la diversidad del ser humano es importante tener en cuenta la diversidad de su lenguaje, el cual está íntimamente relacionado con las naciones y, además, se puede observar empíricamente (Humboldt, 1880).

Por su parte, Franz Boas, profesor de la Universidad de Columbia desde 1899, estudió la relación existente entre la etnia, el lenguaje y la cultura, para demostrar que estos términos no estaban relacionados entre sí. Para extraer estas conclusiones sobre el relativismo cultural, estudió a los indios Kwakiutl, en el norte de Vancouver (Canadá) (LICEUS, 2017). Este relativismo cultural está basado en que todos los sistemas culturales son esencialmente iguales en cuanto a su base; y que las diferencias entre las distintas sociedades han surgido como resultado de sus propias condiciones históricas,

sociales y/o geográficas. En cuanto a la etnia, Boas defendía que no condicionaba el lenguaje, ya que pueblos que habían sufrido cambios en su sangre habían conseguido conservar su lengua y que, del mismo modo, se daba también el caso contrario. Podemos ejemplificar este fenómeno con la distribución de los árabes a lo largo de la costa africana: en general, el pueblo árabe ha conservado su lenguaje a pesar de que han sido muy frecuentes los matrimonios entre distintas etnias, de modo que el fenotipo árabe ha cambiado mientras que la lengua se ha conservado de generación en generación. Al introducir la cultura en la ecuación nos damos cuenta de que tampoco condiciona los otros dos factores ya que, por ejemplo, no podríamos entender hoy en día las instituciones políticas de los pueblos africanos sin tener en cuenta las de los continentes vecinos y observando cómo su cultura se ha mantenido intacta (Boas, 1964).

En esta misma línea Chomsky, lingüista, filósofo, activista estadounidense y profesor emérito del Instituto Tecnológico de la Universidad de Massachusetts, revolucionó en 1957 el campo de la lingüística teórica con la publicación de la obra Estructuras sintácticas (Guillén, 2016). Hasta entonces se pensaba que la adquisición del lenguaje, como cualquier otra destreza humana, se producía por medio del aprendizaje. Chomsky defendía la existencia de un dispositivo cerebral innato (el «órgano del lenguaje»), que permite aprender y utilizar el lenguaje de forma casi instintiva. Además, comprobó que los principios generales abstractos de la gramática son universales en la especie humana, y propuso la existencia de una Gramática Universal. Alegaba que las lenguas no son el producto de unas circunstancias culturales y sociopolíticas cambiantes, sino que existe una teoría de la «discontinuidad evolutiva del lenguaje» que hace que este surja de forma repentina y no como un proceso ventajoso de la evolución del ser humano (Escutia, s.f.). Para este lingüista, el lenguaje no aparece para permitir la comunicación entre los seres humanos, sino para permitir la expresión del propio pensamiento; y si al expresar este, también se produce un acto comunicativo, tanto mejor (Barón Birchenall & Müller, 2014). Ernst Cassirer también ligó el uso del lenguaje a algo tan profundo como el alma ya que, según él, las lenguas dependerán del espíritu del pueblo que las ha engendrado, ese pueblo que las mantiene vivas y mediante las cuales el hombre mide la realidad acorde con su experiencia. De esta forma, el lenguaje no procedería de la abstracción de los objetos a través del análisis, sino que procede del trabajo sin descanso que realiza el espíritu para que todo sonido articulado pueda expresar el pensamiento del hombre (Calvo Ortega, 2012).

3. Estado de la cuestión

3.1 En favor del determinismo lingüístico

Es en este momento en el que debemos introducir a Edward Sapir y Benjamin Lee Whorf, lingüistas y uno profesor del otro en la Universidad de Yale, Estados Unidos. Ambos son considerados como los mayores precursores de nuestra hipótesis inicial sobre el grado en el que la cultura, la nacionalidad y el lenguaje influyen en nuestra forma de percibir el entorno que nos rodea:

Las personas que utilizan acusadamente gramáticas diferentes se ven dirigidas por sus respectivas gramáticas hacia tipos diferentes de observación y hacia evaluaciones diferentes de actos de observación, externamente similares; por lo tanto, no son equivalentes como observadores, sino que tienen que llegar a algunos puntos de vista diferentes sobre el mundo. (Whorf, 1971).

Edward Sapir (1884-1939), lingüista estadounidense de origen alemán, trabajó bajo la influencia de Franz Boas sobre el origen de las lenguas amerindias. Propuso una nueva tipología de las lenguas basada en datos formales y estudió los problemas de fonología, morfología y semántica y, lo más importante para nuestro trabajo, la psicología en relación con la lengua y la cultura. Como veremos más adelante, Sapir afirmaba que toda lengua es una «representación simbólica de la realidad sensible», de tal forma que un pueblo determinado está condicionado por la lengua que habla (Encyclopaedia Britannica, 2013). Por su lado, Benjamin Lee Whorf (1897-1941), alumno de Sapir y seguidor de sus teorías, afirmó que la lengua condiciona enormemente la forma en la que sus hablantes perciben el mundo. Gracias al estudio del hopi, lengua indígena norteamericana, descubrió que el lenguaje no es un mero medio neutro de comunicación, sino un instrumento para catalogar la experiencia, y que las distintas gramáticas imponen a sus hablantes distintas visiones del mundo (Encyclopaedia Britannica, 2018).

Por lo que, según la teoría conjunta de ambos autores, que analizaremos en profundidad más adelante, cuando varias personas viven la misma experiencia sensorial, se produce un «compartir cultural» debido a la similitud de los estímulos recibidos y de las reacciones. Por ello, las palabras sirven tanto para conocer el mundo como para compartir ese conocimiento, y somos nosotros mismos los que percibimos la naturaleza según el camino que hemos trazado a través de nuestra lengua de origen ya que el mundo, caótico por naturaleza, debe ser organizado por nuestro pensamiento, es decir, por el

sistema lingüístico presente en nosotros ya que, como hemos visto antes, el pensamiento no existe sin el lenguaje (Candau, 2003).

Gracias a la línea de teorías que hemos seguido, llegamos al verdadero punto de partida de este trabajo: la denominada «hipótesis Sapir-Whorf». En ella se expone que, en una lengua determinada, el léxico es el mejor espejo de la sociedad que la habla, ya que es el elemento que refleja el ambiente físico y social de los hablantes, puesto que a través de él se expresan los intereses y las ideas de la comunidad. Este vocabulario variará en función de la complejidad cultural del pueblo que lo use y, así, cuanto más avanzado esté un pueblo, más rico será su vocabulario. Sin embargo, no existe una relación causal profunda entre el desarrollo de la cultura y el desarrollo del lenguaje, ya que la lengua responde al conservadurismo de las tradiciones que pretenden evita los cambios y, de esta forma, con el tiempo, las líneas de la lengua y la cultura irían por caminos diferentes (Parra, 1988):

Ninguna lengua común es capaz de garantizar para siempre una cultura común cuando los factores geográficos, políticos y económicos de esa cultura dejan de ser iguales en toda la zona abarcada por ella. (Sapir, 1954).

Así, todo lo anterior se podría resumir en esto dos puntos que propone Adam Schaff en su obra *Lenguaje y Conocimiento* (Schaff, 1967):

1. El lenguaje, que no es más que un producto social, estructura nuestra forma de comprender el mundo que nos rodea.
2. Al tener en cuenta los distintos sistemas lingüísticos, que son a su vez el producto de distintos medios que crean esos sistemas, las personas que perciben el mundo a través de esos lenguajes lo harán de forma distinta.

Por su parte, Whorf verificó de forma empírica las tesis de su profesor de Lingüística Amerindia. Durante su trabajo como agente de seguros tuvo la oportunidad de viajar por numerosas regiones habitadas por indios americanos y de descubrir sus lenguas, más concretamente la lengua hopi, que utilizará más tarde para dar forma a su análisis empírico. Para ello, realiza una comparación entre el SAE (*Standard Average European* o Europeo Promedio Estándar en su traducción al español) y el hopi atendiendo a aspectos como la numeración, las formas temporales de los verbos, duración, intensidad, sustantivos de cantidad física, pensamiento... y otros tantos que corroboraban la relación entre la lengua y el resto de la cultura de la población que la habla (Parra, 1988). Por

ejemplo, mientras que las lenguas habladas en Europa necesitan expresar de alguna forma el tiempo verbal de la frase a la que se refieren, los hopi solo necesitan verificar ese tiempo mediante la propia acción. Así, Whorf dio con una de las diferencias entre las lenguas europeas y los hopi: los primeros viven en un mundo de relojes y de tiempos marcados, mientras que los segundos viven en el momento y en la acción (Agar, 1994). Según Whorf, todo ello se encuentra conectado o relacionado y no «correlacionado» ya que el mundo del pensamiento es un microcosmos que cada ser humano lleva dentro de sí mismo mediante el cual mide y comprende el macrocosmos. Las normas culturales se han desarrollado juntas, interviniendo la una en la otra constantemente. Pero, al igual que Sapir, admite que el lenguaje cambia más lentamente que la cultura, por lo que las novedades se introducen de forma pausada, representando así el pensamiento y las inquietudes de la población (Whorf, 1956). En consecuencia, nos adentramos en el mundo del «determinismo lingüístico». Siguiendo el ejemplo de los hopi, la lengua que hablan les impone una idea de la realidad que es completamente diferente de la nuestra como hablantes de lenguas europeas. Conceptualizan el mundo de una forma que limita ese sistema conceptual por falta de la necesidad de expresar ciertos aspectos ya que, volviendo al aspecto temporal, los hopi no son capaces de expresarse en unidades de tiempo como «cinco años» o «tres días». Por consiguiente, si una lengua no tiene una palabra para un concepto, será muy difícil que los hablantes de dicha lengua sean capaces de entender ese concepto: los hopi nunca serían capaces de entender el futuro (Baauw, 2011).

Esta teoría ha sido apoyada por numerosos autores que han continuado con el estudio y la idea del determinismo lingüístico conceptualizada por Sapir y Whorf y, para poder constatar esta afirmación, debemos volver, en primer lugar, a Humboldt. Este polímata tuvo la oportunidad de viajar a España y de hospedarse en la zona del País Vasco, donde se habla una lengua totalmente distinta al resto de Europa, en donde más o menos puede que todas las lenguas tenían conexiones entre sí. Como ya hemos mencionado, para Humboldt el lenguaje no consistía solo en la forma de representar las realidades ya conocidas, sino la forma de aprender y expresar realidades que no se conocían aún. Por ello, la verdadera diferencia entre lenguas no se basaba en lo que podían expresar, sino en todo lo que fomentaban y estimulaban en sus hablantes a hacer mediante su fuerza interna (Deutscher, 2010).

Otra de las teorías que confirmaban lo estudiado por Sapir y Whorf fue la *antropología de los colores*, la cual alega que, si la nomenclatura de los colores fuese algo tan arbitrario, se daría por hecho que todo el planeta conocería una división en tres de todos los colores. De hecho, esta teoría explica que todos deberían seguir los conceptos de Bellona (Polinesia), en donde los colores se dividen, precisamente, en tres (Deutscher, 2010):

- Blancos: donde se incluyen también los colores brillantes.
- Negro: también se incluyen el morado, el azul, el marrón y el verde.
- Rojo: incluye el naranja, el rosa y el amarillo oscuro.

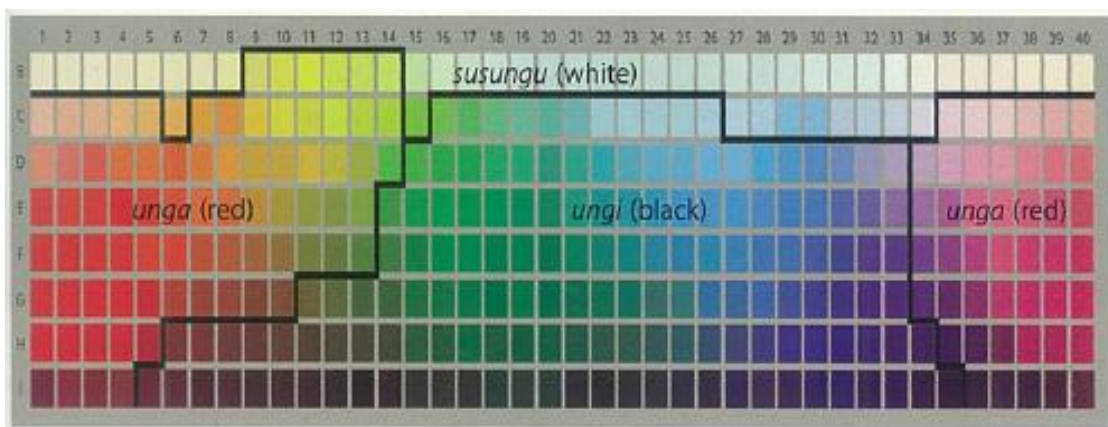


Ilustración 1: Sistema de tres colores ballonés (Deutscher, 2010)

Sin embargo, en la siguiente ilustración se muestra la división de los colores primarios según los angloparlantes. El blanco y los colores más brillantes desaparecen, al igual que el rojo. Los negros pasan a dividirse en azules y verdes y el amarillo inglés entraría dentro de su categoría de rojo.



Ilustración 2: la división de los colores según los anglófonos (Deutscher, 2010)

Partiendo de esta base, fue en 1969 cuando dos investigadores de la universidad de Berkley, Brent Berlin y Paul Kay, cambiaron el espectro de colores por completo. Su estudio se basó en la recopilación de información sobre el nombre de los colores en más de 20 lenguas distintas utilizando una selección de chapitas de dichos colores, y descubrieron cosas que no se habían planteado nunca hasta ese momento. En primer lugar, descubrieron que la nomenclatura de los colores no es algo tan arbitrario como se pensaba en un principio y, aunque existan variaciones y diferenciaciones entre los sistemas de colores de distintas lenguas, unas formas de dividir el espectro resultan más naturales que otras. Berlin y Kay establecen los colores primarios (BTC o *basic color terms* en inglés) que provendrían de un inventario universal para todas las lenguas de once categorías de colores tal y como se muestra en la Figura 1. Por lo que, según esta teoría, toda lengua debería tener entre dos y once BTCs y la jerarquía sería la encargada de delimitar los caminos evolutivos que las lenguas podrían tomar al añadir nuevas categorías de colores.

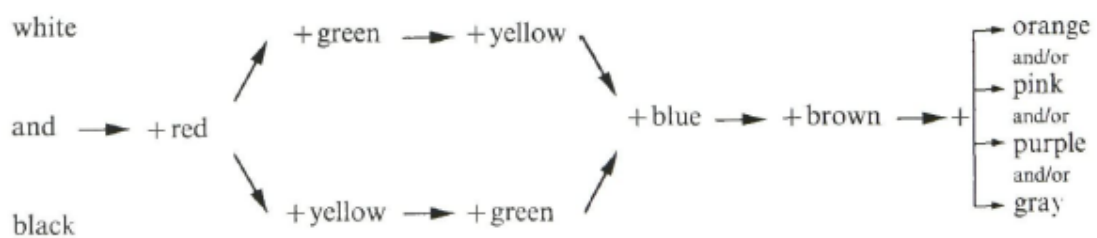


Figura 1. Jerarquía de BCT de Berlin y Kay (Özgen & Davies, 1998)

De esta forma, los colores primarios vendrían dados de la naturaleza y cada lengua sería la encargada de asentar distintos límites a los espectros de esos colores. De este modo, los criterios para que un color fuera básico se resumían en tres:

- a) debía ser monolexémico, es decir, que su significado no se puede predecir a partir del significado de sus partes;
- b) su significado no se incluye en el significado de otros colores básicos
- c) su aplicación no debe estar restringida a una clase limitada de objetos;
- d) tiene que ser psicológicamente perceptible para los informantes.

A partir de la investigación, los resultados confirmaron la existencia de universales en la semántica del color, haciendo así los términos principales para referirse al color en

todas esas lenguas estarían centrados en uno de los once colores más relevantes (Pacchiarotti, 2009). Esto significa que la categorización de cada color es particular de cada lengua-cultura. Además, las abstracciones del color que se hacen en occidente son raramente factibles en lenguas indígenas que no pueden disociar los objetos de los colores que los componen.

Lera Boroditski (Boroditski, 2009) da claros ejemplos de cómo difieren unas lenguas de otras y del papel fundamental que estas tienen en la forma en la que los hablantes de dichas lenguas piensan. Pone el ejemplo de la concepción del tiempo y explica que, mientras los angloparlantes utilizan metáforas espacialmente horizontales (*the best is ahead of us* o *the worst is behind us*), los hablantes de mandarín tienen una concepción vertical del tiempo. En un experimento relacionado con este tema, se explicaba a los participantes que un punto justo en frente de ellos era «hoy» y se les pedía que situasen físicamente «mañana» y «ayer». Todos los angloparlantes los situaban de forma horizontal mientras que los hablantes de mandarín lo hacían de forma vertical (Boroditski, 2009). Otro ejemplo de las diferencias en la percepción del tiempo nos deja ejemplos como estos: en inglés, la duración de este concepto se mide en longitud (*That was a shorth talk* o *The meeting didn't take long*), mientras que en español o en griego se habla en términos de cantidad utilizando palabras como «mucho» o «poco». Según la autora, el mejor método para saber si realmente nuestra lengua influye en la forma en la que pensamos era enseñar a las personas otras formas de hablar y comprobar si realmente cambiaba su pensamiento. Hicieron un experimento en el que se enseñaba a personas angloparlantes a adquirir y utilizar expresiones de tiempo propias de lenguas como el griego o el mandarín para describir la duración o el orden de los eventos. El resultado fue una conducta cognitiva parecida a la de los griegos o mandarines; lo que significa que, cuando aprendemos un nuevo idioma, no sólo estamos aprendiendo una nueva forma de hablar, sino una nueva forma de pensar (Boroditski, 2009). Otro gran ejemplo que propone la autora es la diferenciación de distintos sustantivos según su género y la lengua que ponga ese género. Se compararon varias palabras en alemán y en español y se estudiaron los adjetivos que se atribuían a dichas palabras dependiendo del género que tuvieran. El sustantivo «puente» es femenino en alemán, quien adjudicaba sinónimos como «bello», «elegante», «frágil», «tranquilo», «bonito»; mientras que, en español, al ser una palabra masculina, los adjetivos eran «grande», «peligroso», «largo», «fuerte»,

«robusto» e «imponente». Todos estos indicios muestran, según Boroditski, que efectivamente nuestra lengua condiciona nuestra forma de pensar.

Para continuar con la argumentación que respalda la teoría del determinismo lingüístico, es imprescindible que volvamos a mencionar a Boas, esta vez de manera algo más extensa. Este académico alemán estudió la antropología cultural, rama de la antropología que centra sus investigaciones en el ser humano a través de la cultura y su evolución. En un principio, Franz Boas (sic) experimentó la influencia del determinismo geográfico-ecológico de Friedrich Ratzel, según el cual el clima, el paisaje y los recursos naturales reflejarían la idiosincrasia de la colectividad, el entramado de las relaciones humanas, la presencia de ciertos elementos de cultura material y la cosmovisión de cada cultura (Monk, 1964). Aunque, finalmente, terminó desechando la idea de Ratzel, que le parecía insostenible. Gracias a sus viajes y estancias con distintos grupos de esquimales, pudo experimentar en su propia piel la cultura y los hábitos de estas personas y comprendió que la cultura es un proceso de creación orgánica y activa y no una adaptación involuntaria y mecánica. Si bien es cierto que existen similitudes entre distintas culturas, Boas argumentó que este hecho se debe simplemente a circunstancias ambientales, motivaciones o distintas actitudes que hacen que dos culturas se comporten de la misma forma, ya que la base de estas está formada por el hombre y, al fin y al cabo, todos tenemos (prácticamente) la misma estructura mental. De esta forma, existen ciertos aspectos culturales que se asemejan entre cultura y cultura por el simple hecho de ser innatos en el hombre. Así habló Boas de los esquimales de la tierra de Davis (Monk, 1964, pág. 12):

He comprendido que gozan de la vida, que gustan de la naturaleza, que los sentimientos de amistad también echan raíces en sus corazones y que, si bien la índole de su existencia es más ruda que la civilizada, el esquimal es un ser humano igual que nosotros, sus sentimientos, virtudes y defectos se basan en la naturaleza humana, al igual que los nuestros...

Resulta interesante apreciar cómo Boas se refiere a los esquimales como «seres humanos, al igual que nosotros». Este tipo de afirmaciones podemos atribuir las a la ideología imperante a finales del siglo XIX, denominada «racismo científico». Este modelo se centraba, mediante la aceptación de la teoría de la evolución Darwinista, en el racismo hacia los pueblos «no civilizados» y «no occidentales». La ciencia de esta época situó a los africanos negros, los esclavos de las plantaciones americanas, los aborígenes australianos, las tasmánas, los indios botocudos, los nativos coloniales, las mujeres en

general, etc., en un escalón claramente inferior en cuanto a la biología evolutiva se refería, en favor de la «esencia natural» de la especie humana conceptualizada por la burguesía blanca (Sánchez Arteaga, 2007). Por lo que, según el académico alemán, el lenguaje refleja funciones psicológicas fundamentales (de ahí su universalidad) y una experiencia histórica particular (de ahí su carácter variable que depende de cada pueblo y cultura).

Por su parte, Dan Everett estudió la lengua de la tribu amazónica de los Pirahã y, gracias a este análisis pudo publicar las *Limitaciones culturales en gramática y cognición pirahã* y sacó en claro que las características de esta lengua se atribuyen al *principio de experiencia inmediata* o IEP, según sus siglas en inglés (*Immediacy of Experience Principle*) (Baauw, 2011). Según este principio, toda la gramática de esta tribu estaría restringida a la experiencia directa y concreta, evitando así el uso de expresiones que no tengan que ver con ese tipo de experiencias. Para ilustrar esta gramática tan sensorial, Everett distingue entre características culturales y lingüísticas. Las características lingüísticas serían: la ausencia de términos para designar los colores, la ausencia de tiempo relativo, no existía memoria colectiva de más de dos generaciones, no tenían arte y mantenían una lengua estrictamente monolingüe a pesar de su constante contacto con los brasileños. Así, la cultura de la tribu pirahã carecía de numerosos aspectos, ya que la experiencia no los aportaba (Baauw, 2011)

Como hemos descrito en esta parte del trabajo, Sapir y Whorf marcaron un hito en la historia del determinismo lingüístico, teorizando lo que sus antecesores ya habían estudiado. Los autores y los análisis mencionados abogan por una clara conexión entre la cultura de un pueblo y su lenguaje; por lo que, del mismo modo, el pensamiento de un determinado grupo de personas provenientes de la misma cultura estaría condicionado también por su lenguaje y, al contrario, el lenguaje también se encontraría determinado por el pensamiento de dicho grupo. El lenguaje surge en el momento en el que el ser humano se ve obligado a expresar sus pensamientos, de ahí la estrecha conexión entre ambos elementos. Por ello, si una población carece de ciertos elementos, no tendrá necesidad de nombrarlos y no aparecerán en su vocabulario ni en su pensamiento. Y, así, si esta población interactuase con otra de elementos distintos, se produciría un choque cultural por el cual se abriría una brecha terminológica y cultural.

3.2 En contra del determinismo lingüístico

Esta tesis ha sido rechazada por numerosos autores e investigadores que abogan por todo lo contrario, ya que no creen que el conjunto de personas que habla una misma lengua tenga, por consiguiente, que pensar del mismo modo. Así lo intenta ilustrar José Antonio Díaz Rojo refutando lo que Armando de Miguel apuntó en su ensayo *Los españoles*:

...la vertiente hipócrita de la mentalidad que prevalece en España (...) se muestra también en el lenguaje. Es curiosa la voz *desengaño*, de difícil traducción a otros idiomas cercanos. Se emplea para denominar las verdades que uno obtiene de las duras experiencias de la vida. Es el mismo sentido negativo que se da a la palabra «desmentido» para indicar una declaración oficial y solemne que trata de atajar un error de información o un rumor. En ambos casos la verdad se presenta como una negación de la mentira. Una impresión como ésta se encuentra metida en las entretelas de la conciencia española. (de Miguel, 1990).

Según esta afirmación, Díaz Rojo rebate alegando que en el español existen palabras que denotan la verdad de forma positiva y no como «negación de la mentira»: *verdad, veracidad, autenticidad, exactitud, verosimilitud, verismo*, etc., de lo que se deduce que los españoles no somos tan incapaces de integrar ese concepto (Díaz Rojo, 2004). Por otro lado, tampoco cree en la acepción que de Miguel da a la palabra «desengaño» o «desmentido» ni mucho menos que esta, por mucho que la cultura signifique hábitos de conducta comunes y la compartición de ciertas creencias y valores, sea característica de un pueblo de 40 millones de personas como el español. Con este pequeño ejemplo, pasaremos a desarrollar una serie de teorías que se han opuesto al determinismo lingüístico.

Para empezar a hablar de la otra cara de la moneda de lo que supone conectar lenguaje y pensamiento, debemos mencionar el universalismo; el cual considera que la diversidad cultural y lingüística es solo aparente, ya que por debajo de estas variaciones superficiales existe un denominador común que es la naturaleza humana (UNED). La mayor eminencia en este campo, sin ninguna duda, es Chomsky. Para su estudio, el lingüista estadounidense partía de la base de un hablante-oyente ideal, es decir, aquel que pertenecía a «una comunidad lingüística del todo homogénea, que sabe su lengua perfectamente y al que no afectan condiciones sin valor gramatical, como son limitaciones de memoria, distracciones, cambios del centro de atención de interés (característicos o fortuitos) al

aplicar su conocimiento de la lengua al uso real» (Lyons, 1978, pág. 5). Chomsky describe la gramática como un método para producir y/o entender oraciones, de ahí que la denomine como «gramática generativa»: una gramática que plasma el aspecto creador del lenguaje humano distinguiéndolo así de cualquier comunicación animal. Si somos capaces de dominar el lenguaje, también seremos capaces de comprender cualquier expresión, aunque no la hayamos oído antes ni tenga nada que ver con nuestra experiencia lingüística previa y, de esta misma forma, seremos capaces de crear nuevas expresiones según la situación lo requiera y así, quienes compartan esta capacidad, también nos entenderán. Por ello el lenguaje es creador y se encuentra libre de estímulos externos (Lyons, 1978). De esta forma, se podría considerar una teoría del lenguaje como algo innato, teoría según la cual los seres humanos estamos dotados de una «facultad del lenguaje» mediante la cual somos capaces de adquirir todos los conocimientos sobre una determinada lengua. Por lo que, según lo analizado anteriormente, nada tendría que ver la cultura en la adquisición de ese nuevo lenguaje o en la formación de su gramática, ya que esta es innata en todo ser humano. Las diferencias entre las distintas lenguas del mundo quedarían reducidas a simples elementos idiosincráticos propios, y la base seguiría siendo la misma: la gramática universal (Nafría Ramos, 2005).

En su trabajo titulado *Who's Afraid of the Big Bad Whorf?*, Daniel Casasanto (Casasanto, 2008) hace referencia a Steven Pinker, quien denuncia no solo las ramas más radicales del determinismo lingüístico sino también el relativismo lingüístico:

La idea de que el pensamiento es lo mismo que el lenguaje es un ejemplo de lo que lo que podemos denominar como absurdez. (Pinker, 1994).

En este mismo trabajo se plantea la división de la temática en dos apartados relacionados entre sí: ¿pensamos según nuestro lenguaje? o por el contrario ¿es el lenguaje el que da forma a nuestros pensamientos? Uno de los experimentos llevados a cabo para confrontar estas dos suposiciones corrió a cargo de Alfred Bloom, psicólogo y lingüista estadounidense (Swarthmore College, 2018). Bloom sostenía que los hablantes de chino eran menos capaces de razonar de forma hipotética que los angloparlantes porque el chino carece de subjuntivo. En su experimento original, Bloom creó una historia en dos versiones: china e inglesa. Ambas requerían expresiones hipotéticas y dio con el resultado de que los hablantes de chino en China no llegaban a comprender las estructuras hipotéticas de la historia mientras que los angloparlantes en Estados Unidos no tuvieron ningún problema (Casasanto, 2008). Sin embargo, Terry Au, un psicólogo de lengua

materna china, al examinar las historias de Bloom, se dio cuenta de que la versión china “no era muy idiomática” (Au, 1983). Y, cuando Au reescribo la historia utilizando nuevos estímulos, las diferencias lingüísticas en el razonamiento hipotético desaparecieron.

Por otro lado, también podríamos rebatir las conclusiones a las que llegó Boroditsky mediante un estudio realizado por Casasanto (Casasanto, 2008) que se preguntaba si los hablantes de las lenguas que utilizaban diferentes metáforas espacio-temporales pesaban de forma distinta en el tiempo incluso cuando no usaban el lenguaje. Llegaron a la conclusión de que, efectivamente, el lenguaje podría llegar a dar forma a nuestras percepciones del tiempo. Puede que sea universal que las personas conceptualicen el tiempo según las metáforas, pero estas metáforas varían según las lenguas, ya que los miembros de las distintas comunidades lingüísticas desarrollan repertorios conceptuales distintos.

Otro argumento que rebate la influencia de la cultura en el pensamiento y en el lenguaje lo encontramos en el artículo de Geoffrey K. Pullum titulado *The Great Eskimo Vocabulary Hoax* (*El gran fraude del vocabulario esquimal* en español) el que se sitúa de forma enfrentada al estudio de Laura Martin sobre la gran variedad de palabras que utilizaban los esquimales para referirse al fenómeno de la nieve. Para poder sustentar su razonamiento, Martin se basó en la teoría de Boas, según la cual, al igual que los ingleses utilizan diferentes palabras para denominar el agua dependiendo de su procedencia y de su forma (líquida, lago, río, arroyo, lluvia, rocío, espuma); los esquimales utilizan «aparentemente» distintas raíces para denominar la nieve. Whorf también afirmó que la palabra «nieve» es demasiado inclusiva para una cultura como la esquimal cuyo hábitat se compone de agua solidificada. Sin embargo, para Paul Gaengre resulta bastante obvio que, en la cultura de los esquimales, la palabra que comprenden los angloparlantes como «nieve» se divida en varias esferas de conceptos. Pero, según esa misma línea de pensamiento, en el mundo de las impresoras y las impresiones, las fuentes tendrían la importancia suficiente como para conceptualizarse en un solo concepto. Por eso, el Profesor del departamento de Lingüística de la Universidad de Austin (Texas) Anthony Woodbury estudió el lenguaje de los esquimales Yupik de Alaska Central, el cual tiene una vasta variedad de términos que se refieren a los fenómenos meteorológicos que, en algunos casos, engloban la nieve. Sin embargo, ha habido muchas palabras que se han lexicalizado como términos que se refieren a la nieve cuando no tienen nada que ver con este fenómeno meteorológico. Por lo que no existen informes fidedignos basados en

búsquedas sistémicas en diccionarios para otros lenguajes esquimales y el gran vocabulario de los esquimales para referirse a lo que nosotros conocemos como «nieve» queda reducido a un gran fraude (Pullum, 1991).

Según nos vamos adentrando en el mundo que se opone al relativismo lingüístico, nos vamos acercando, tal y como ya percibíamos con Chomsky, a un conocimiento innato de la lengua y, por lo tanto, a la demolición de las barreras culturales que se asocian a estas. En estos términos, Juan Carlos Moreno Cabrera también habla de «una sola especie humana y una sola especie lingüística» (Moreno Cabrera, 2016, pág. 21). Este concepto se basa en que, al igual que los seres humanos pertenecemos a la misma especie, con ciertas variaciones debido a las numerosas migraciones y, por la misma razón, ese igualitarismo humano deberíamos asociarlo al igualitarismo lingüístico. Y, aunque esta igualdad no significa uniformidad por dejar espacio a la diversidad, todas las lenguas del mundo pertenecen a la misma especie de sistema comunicativo y este hecho no significa que no puedan existir diferencias entre las lenguas que pertenecen a dicha especie (Moreno Cabrera, 2016). Sin embargo, la problemática que presenta esta teoría tiene más que ver con lo que podríamos llamar el «nacionalismo lingüístico», que explicará que todas las lenguas no se encuentran al mismo nivel evolutivo, que las lenguas menos evolucionadas son las más lejanas a las nuestras y que en el estadio evolutivo más avanzado se encuentra nuestra propia lengua. Según Moreno Cabrera, esta idea de asociar la unicidad de la especie humana con la unicidad de la especie lingüística estaría mucho más justificada que la teoría de Sapir y de Whorf y la especie humana asociada a una pluralidad de especies lingüísticas. Joseph Greenberg, lingüista estadounidense conocido por su trabajo en clasificación y tipología lingüística, afirmó que la evolución del lenguaje como tal nunca ha podido ser demostrada por lo que debería mantenerse la concepción de que todas las lenguas han sido creadas de forma idéntica y, por consiguiente, todas tienen el mismo potencial. Es cierto que puede haber lenguas que han sido cultivadas y que tengan más recursos expresivos, pero eso no les otorga ninguna superioridad inherente (Moreno Cabrera, 2016).

La idea que presenta Moreno Cabrera sobre la universalidad de una sola raza ya se había tratado en el ámbito de la psicología unas décadas antes. Barkow, Cosmides, Tooby y Pinker coinciden en que los seres humanos no llegan al mundo partiendo de cero, sino que su mente ya posee ciertos conocimientos innatos adquiridos tanto mediante la genética como por el entorno. Es cierto que, tal y como decían Boas o Sapir y Whorf, la

cultura nos afecta; pero hemos sido nosotros mismos los creadores de esa cultura mediante mecanismos de procesamiento de la información que ya se encuentran en la mente humana, y estos mecanismos son el resultado de procesos evolutivos. De esta forma, todo lo que pensamos que es moderno hoy en día lleva siéndolo desde el Pleistoceno: las formas de agricultura, el pastoreo, la policía, la política, los gobiernos, la sanidad... todos estos asuntos sentaron hace ya miles de años lo que han sido nuestros principales problemas evolutivos de los últimos tiempos. Por ello, el ser humano cuenta con cierta información según nace, información que no adquiere gracias a su cultura, familia o entorno, sino que es intrínseca a su especie (Barkow, Cosmides, & Tooby, 1992). Sin embargo, al escuchar el término «naturaleza humana», tendemos a pensar en palabras como racismo, sexismo, guerra, dolor, genocidio, nihilismo... en cambio, asociar «naturaleza humana» con la idea de que la mente presenta una organización innata sorprende, y no por ser una hipótesis incierta o errónea según tantos, sino por ser un pensamiento que resulta inmoral. Según afirma Steven Pinker, psicólogo y lingüista canadiense, la mejor teoría para explicar la naturaleza humana combinaría una compleja interacción entre la herencia y el entorno del ser humano: la cultura es crucial pero no podría existir sin las facultades mentales que permiten a los humanos crear y aprender esa misma cultura (Pinker, 2003). La concepción de que la mente humana es una *tabula rasa* que va adquiriendo conocimiento y patrones según se va educando y va teniendo experiencias de vida determinada ha distorsionado el estudio del ser humano y, si aplicásemos esta contrateoría a nuestra hipótesis inicial, llegaríamos a la conclusión de que, aunque el entorno y la cultura afectan en cierto modo a nuestra forma de comunicarnos y, por consiguiente, a nuestro lenguaje, somos nosotros mismos quienes hemos creado esa cultura, que supuestamente nos transforma a nosotros, mediante las concepciones de las que ya disponía nuestra mente desde hace más tiempo del que pensamos.

No obstante, no podemos dejar de admitir que las diferencias entre las poblaciones existen, pero son muy sutiles. Resulta obvio que cuando los primeros seres humanos se diseminaron al salir de África, se fueron creando las razas como resultado de la adaptación a las diferentes partes del mundo en la que se instalaron. Sin embargo, y como ya se ha argumentado anteriormente, existen ciertas capacidades inherentes en todas esas razas por el simple hecho de pertenecer a una misma especie y uno de los ejemplos más claros es el lenguaje: cualquiera puede aprender el idioma de otro grupo de personas si se

encuentra en contacto con él desde una temprana edad o durante el tiempo suficiente; demostrando así que la facultad del lenguaje es un rasgo definitorio de que la mente humana es universal (Wade, 2014). La naturaleza humana es la misma en todo el mundo y las sociedades humanas pueden ser diferentes entre sí, pero los individuos que las componen no lo son. Para ligar esta línea de pensamiento más aun a nuestro argumento sobre el lenguaje y su forma de cambiar nuestra forma de pensar, en su libro *Una herencia incómoda*, Wade (Wade, 2014) alega que la sociabilidad humana no ha sido fruto de la selección natural como sí lo ha sido, por ejemplo, la separación del dedo pulgar; sino que está escrita en nuestra forma física, está grabada en nuestros circuitos neuronales desde mucho antes que el ser humano se parezca a lo que es ahora. Y de la facultad de la sociabilidad humana nace el lenguaje, ya que esta cualidad no se ha desarrollado para hablar con uno mismo sino con los demás. Puede que el lenguaje varíe dependiendo del lugar o el momento en el que se haya desarrollado, pero la capacidad para adquirirlo y producirlo es intrínseca al ser humano, porque lo que los elementos externos y ambientales que rodean a la creación de ese lenguaje no son determinantes para las personas que lo hablan.

Según lo analizado en este último apartado que se opone a la teoría de Sapir y Whorf, la cultura no sería la encargada de determinar el lenguaje, sino la mente humana y todo lo que podría llegar a condicionarla: la memoria, las distracciones o los cambios en el interés propio de las personas. Esta capacidad de adquirir y desarrollar un lenguaje no solo no se adquiere a través de la cultura, sino que es intrínseca en todo ser humano y, si bien es cierto que esta cultura puede llegar a dar forma a ciertas percepciones como el tiempo y el espacio, reflejadas más tarde en el lenguaje, esto resultaría de lo más normal ya que del mismo modo resulta obvio que existan distintos términos dentro de un mismo campo temático como lo puede ser el agua y sus distintas formas o las nomenclaturas que reciben las diferentes fuentes dentro del mundo de la impresión. Más dentro incluso de este argumento, hemos llegado a la conclusión de que todos provenimos de la misma especie y que, por consiguiente, todos tenemos las mismas bases genéticas que nos hacen desarrollar una capacidad innata para aprender a comunicarnos mediante el lenguaje. De esta forma, se podría afirmar que todas las lenguas habrían sido creadas de forma idéntica y que todas tendrían el mismo potencial. Por ello, la mente no es una *tabula rasa* como afirmaban los autores de la primera parte de este trabajo. En ella existen ya ciertos mecanismos innatos por el simple hecho de provenir de la especie de la que proviene y el

lenguaje vendría dado de la combinación perfecta entre esa herencia genética y el entorno que rodea al ser humano.

4. Conclusión

Desde tiempos inmemoriales, la lingüística ha estado en el centro de las preocupaciones de los pensadores: de dónde provienen las palabras, por qué se utilizan estos términos y no otros, cómo evoluciona el lenguaje... sin embargo, no fue hasta mediados del siglo XVIII que la problemática del determinismo lingüístico cobró real importancia. Ya en 1768, Herder insiste en que el verdadero a priori de la existencia de los propios pensamientos, ideas y sistemas filosóficos provendría del lenguaje utilizado por los hombres que piensan. También afirmaba que estos hombres pensantes no son universales abstractos, sino que pertenecen a una nación concreta cuyas costumbres y lenguaje los condiciona (Rodríguez Barraza, 2007). A esta línea de pensamiento se adhirieron otros tantos lingüistas que también afirmaban que, si la base del pensamiento es el lenguaje, éste último estará estrechamente relacionado con el primero por lo que, al final, ambos acabarían por condicionarse mutuamente.

En este trabajo, precisamente nos preguntábamos hasta qué punto el lenguaje es capaz de condicionar nuestra forma de pensar o, si, por el contrario, es nuestra forma de pensar la que condiciona el lenguaje. En un principio, al recabar información, nos parecía que la famosa teoría que lanzaron al mundo Edward Sapir y Benjamin Lee Whorf y que aunaba por fin lo que numerosos teóricos y lingüistas era la que más se acercaba a la realidad: la lengua de un hablante determina por completo su forma de conceptualizar, memorizar y clasificar la información. Muchos autores han seguido investigando sobre las bases que sentaron los lingüistas e investigadores norteamericanos; pero, cuando llegamos a los argumentos que se oponen a este determinismo, nos damos cuenta de que estos tampoco están tan mal encaminados.

Los principales argumentos en contra de la teoría de partida del determinismo lingüístico vienen de la mano de numerosos psicólogos y lingüistas que han estudiado muy a fondo la evolución del ser humano. Estos profesionales alegan que, si todos los seres humanos provienen de una misma especie, por muy diseminada que se encuentre alrededor del mundo, deben tener la misma estructura genética que facilita o promueve ciertos comportamientos típicos del ser humano. Al igual que andar erguido o utilizar las manos como pinzas para sujetar y coger objetos, el lenguaje y la capacidad de aprenderlo es innata en el ser humano. Resulta obvio que existirán ciertos condicionantes que

promuevan ciertos rasgos más o menos característicos dependiendo de dónde se adquiriera una lengua u otra.

Al tener en cuenta también estos argumentos en nuestro análisis, no podemos dejar de preguntarnos lo siguiente: ¿hasta qué punto hemos sido nosotros mismos, los seres humanos, los que hemos promulgado esta diferenciación entre las lenguas y, por lo tanto, entre las culturas? Durante muchos años de estudios antropológicos, se ha entendido por cultura el idioma local acostumbrado, mediante el cual el sistema social se expresaba y se mantenía (Sahlins, 2001). De este modo, al igual que estudiamos con Sapir y Whorf, el determinismo cultural alega que no existe un solo sistema universal del cual todos somos partes y que los sistemas y subsistemas de los que realmente formamos parte son los que de verdad nos conforma como personas: la religión, el arte, el trabajo, el deporte, la sexualidad, la etnia... Sin embargo, uno de los claros ejemplos de mito y desmitificación del determinismo cultural es el trabajo de campo de Margaret Mead en Samoa, que en su libro *Adolescencia en Samoa (Coming of Age in Samoa* en su título original) (Ziegler, 2010) relató cómo los samoanos vivían en un paraíso ausente de prejuicios sexuales, en donde eran condescendientes con sus hijos, no competían entre ellos y la violencia no existía en su comunidad. La desmitificación vino cuando el antropólogo australiano Derek Freeman fue a Samoa en la década de 1940 y no encontró nada parecido a lo que Mead había descrito: entre los samoanos, como en el resto de los pueblos del mundo, había delincuencia, celos, agresiones sexuales y violencia. Una vez más, quedó patente que no nacemos con una *tabula rasa* que vamos rellenando según vamos creciendo y vamos adquiriendo cualquier tipo de experiencia.

Al igual que fueron los burgueses blancos occidentales los que hicieron de la ciencia algo determinista (como ya hemos comentado con el racismo científico), han sido las lenguas predominantes las que se han erguido por encima de las más «desvalidas». Como decía Juan Carlos Moreno Cabrera en *La dignidad de las lenguas*, nunca se nos ocurriría pensar que todas las lenguas se encuentran en el mismo estado de evolución y, mucho pensar, pensar que no es la nuestra la que está en la cima de esa evolución (Moreno Cabrera, 2016). Por lo que el nacionalismo lingüístico abogaría por la utilización de una lengua concreta como vehículo de todo lo que interesa al conjunto de una nación (Moreno Cabrera, 2008). Según Moreno Cabrera, las mezcla e interacción de distintas lenguas, en lugar de crear confusión, da lugar a nuevas lenguas y variedades lingüísticas que enriquecen el panorama cultural mundial. Este proceso, que se lleva produciendo

desde el nacimiento de la humanidad, se ha verificado mediante procesos naturales, ya sean lingüísticos o extralingüísticos como las migraciones, las conquistas, las colonizaciones o las guerras. Sin embargo, el nacionalismo lingüístico se apoya en que la lengua nacional ha perdido de forma total su carácter local y se ha convertido en una entidad de naturaleza superior que se sitúa por encima de cualquier otra lengua local o regional; por consiguiente, esas lenguas locales o regionales son dialectos de la lengua nacional (Moreno Cabrera, 2008).

Y es gracias a estas aclaraciones cuando podemos responder a la pregunta que se nos planteaba tras haber analizado los pros y los contras del determinismo lingüístico. Los seres humanos no se encuentran tan condicionados por la cultura y por las tradiciones como puede pensarse, ya que realmente existe cierto componente universal en todos nosotros como pertenecientes a una misma especie. No podemos negar el hecho de que existen ciertos aspectos ambientales que nos condicionen, pero, si partimos de la base en la que hemos sido nosotros mismos los creadores de las culturas que, supuestamente, tanto nos diferencian, no podemos considerarnos como seres tan distintos. Para poder paliar los efectos que el determinismo lingüístico ha tenido sobre la lingüística y la psicología al mismo tiempo, sería más correcto hablar de relativismo lingüístico mediante el que las ideas y los pensamientos no se verían tan duramente condicionadas por el lenguaje si no que, simplemente, influirían el uno en el otro de cierta manera y hasta cierto punto.

5. Referencias bibliográficas

- Agar, M. (1994). *Language shock: Understanding the culture of conversation*. William Morrow & Co.
- Au, T. (1983). Chinese and English counterfactuals: The Sapir-Whorf hypothesis revisited. *Cognition*, 155-187.
- Baauw, S. (2011). *La hipótesis de Sapir-Whorf - Relativismo versus Racionalismo*. Amberes: Univesidad de Amberes.
- Barkow, J. H., Cosmides, L., & Tooby, J. (1992). *The Adapted Mind*. Nueva York: Oxford University Press.
- Barón Birchenall, L., & Müller, O. (2014). La Teoría Lingüística de Noam Chomsky: del Inicio a la Actualidad. *Lenguaje*, 417-442.
- Boas, F. (1964). Raza, lenguaje y cultura. In *Cuestiones Fundamentales de Antropología Cultural* (pp. 153-165). Buenos Aires: Solar/Hachette.
- Boroditski, L. (2009). HOW DOES OUR LANGUAGE SHAPE THE WAY WE THINK? *Edge*.
- Calvo Ortega, F. (2012). Ernst Cassirer y la filosofía del lenguaje. *Revista Internacional de Filosofía*, 21-35.
- Candau, J. (2003). El lenguaje natural de los olores y la hipótesis Sapir-Whorf. *Revista de Antropología Social*, 243-259.
- Casasanto, D. (2008). Who's Afraid of the Big Bad Whorf?: Crosslinguistic Differences in Temporal Language and Thought. *Language Learning - Stanford University*, 63-79.
- de Miguel, A. (1990). *Los españoles*. Temas de Hoy.
- Deutscher, G. (2010). *Through the Language Glass: Why the World Looks Different in Other Languages*. London: Arrow Books.
- Díaz Rojo, J. A. (2004). ¿Una lengua, una visión del mundo? (I). *El Trujamán*.
- Encyclopaedia Britannica. (2013, Julio 26). *Edward Sapir*. Retrieved from Encyclopaedia Britannica: <https://www.britannica.com/biography/Edward-Sapir>
- Encyclopaedia Britannica. (2018, Abril 17). *Benjamin Lee Whorf*. Retrieved from Encyclopaedia Britannica: <https://www.britannica.com/biography/Benjamin-Lee-Whorf>
- Escutia, M. (n.d.). *Chomsky, la naturaleza humana, el lenguaje y las limitaciones de la ciencia y una propuesta complementaria inspirada en C. S. Lewis*. Retrieved from Universidad de Navarra - Ciencia, Razón y Fe: <http://www.unav.edu/web/ciencia-razon-y-fe/chomsky-la-naturaleza-humana-el-lenguaje-y-las-limitaciones-de-la-ciencia>

- Guillén, C. (2016, Marzo 23). *¿Quién es Noam Chomsky?* Retrieved from La Actualidad Literatura: <https://www.actualidadliteratura.com/%C2%BFquien-es-noam-chomsky/>
- Herder, J. G. (1982). Ensayo sobre el origen del lenguaje. In *Obra selecta* (pp. 131-232). Madrid: Alfaguara.
- Humboldt, W. V. (1880). *Carta a Schiller*.
- Jaspersen, O. (1905). *Growth and structure of the English language*. Leipzig: B. G. Teubner.
- LICEUS. (2017, Junio 6). *Franz Boas*. Retrieved from LICEUS: <http://aprende.liceus.com/franz-boas/>
- Lyons, J. (1978). *Noam Chomsky*.
- Monk, A. (1964). La contribución de Franz Boas a la Antropología Cultural. In F. Boas, *Cuestiones Fundamentales de Antropología Cultural* (p. 12). Buenos Aires: Solar/Hachette.
- Moreno Cabrera, J. C. (2008). *El nacionalismo lingüístico*. Barcelona: Ediciones Península.
- Moreno Cabrera, J. C. (2016). *La dignidad e igualdad de las lenguas*. Madrid: Alianza.
- Nafriá Ramos, A. M. (2005). *El innatismo lingüístico de N. Chomsky y sus antecedentes históricos*. El Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.
- Özgen, E., & Davies, I. R. (1998). Turkish color terms: tests of Berlin and Kay's theory of color universals and linguistic relativity. *Linguistics*, 919-956.
- Pacchiarotti, S. (2009). La categorización de los colores: un estudio comparativo entre hablantes del noruego, coreano y español. *Káñina. Revista de Artes y Letras - Universidad de Costa Rica*, 163-176.
- Parra, M. (1988). La hipótesis de Sapir-Whorf. *Universidad Nacional de Colombia - Departamento de Lingüística*.
- Pinker, S. (1994). *The language instinct: How the minds creates the language*. Nueva York: Harper.
- Pinker, S. (2003). *The blank slate*. Penguin Books.
- Pullum, G. K. (1991). *The Great Eskimo Vocabulary Hoax*. Chicago and London: The University of Chicago Press.
- Rodríguez Barraza, A. (2007). Percepción y lenguaje: Herder o la vanguardia de la hermenéutica. *Contrastes*, 61-78.
- Sahlins, M. (2001). Dos o tres cosas que sé acerca del concepto de cultura. *Revista Colombiana de Antropología*, 290-327.

- Sánchez Arteaga, J. M. (2007). La racionalidad delirante: el racismo científico en la segunda mitad del siglo XIX. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 388-398.
- Sapir, E. (1954). *El lenguaje*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Schaff, A. (1967). *Lenguaje y Conocimiento*. Mexico: Editorial Grijalbo.
- Swarthmore College. (2018). *Alfred H. Bloom*. Retrieved from Swarthmore College: <https://www.swarthmore.edu/swarthmore-college-presidents/alfred-h-bloom>
- UNED. (n.d.). Universalismo, Relativismo y Cognición. *Unidad Didáctica 5*. UNED.
- Wade, N. (2014). *Una herencia incómoda*. Ariel.
- Whorf, B. L. (1956). *Language, Thought and Reality*. Massachusetts: The M.I.T Press.
- Whorf, B. L. (1971). *Lenguaje, pensamiento y realidad*. Barcelona: Barral.
- Ziegler, K. (2010, Febrero 3). La falacia del determinismo cultural. *El Espectador*.